

## A P E N D I C E

Se transcriben a continuación cuatro de los cinco "*Cuentos intelectuales*" de Vaz Ferreira, comentados en las conferencias anteriores. Son ellos:

*Carlos Herrera* (1893); *Dejado por un filósofo* (1894); *Ultra* (1894); *Cuento para niños futuros* (s.f.). 3 de ellos están firmados con el pseudónimo: *Docteur Pascal*, empleado por Vaz Ferreira en su primera juventud; se conservan los cuatro en el archivo particular de Vaz Ferreira; no así el quinto *Dejado por un literato*, que no ha podido ser habido.

### CARLOS HERRERA

Ni siquiera se discutía entre los estudiantes la superioridad de Carlos Herrera. Era una inteligencia poderosa, sólida y brillante, que triunfaba siempre en todas las discusiones, una inteligencia tranquila y segura, admirable de fuerza y de espontaneidad. Ya en las clases de preparatorios se había hecho notar desde muy niño por conferencias originalísimas y notables exámenes; y ahora, en Derecho, nadie podía competir con él. Disertaba con la

misma seguridad en todas las materias, tenía opiniones propias, interpretaciones, teorías, y los mismos catedráticos temían muchas veces contradecirlo, porque eran casi siempre ellos los que tenían que callar al fin de sus discusiones con aquel estudiante que razonaba con tanto vigor, con su lógica potente y serena. Tenía sobre todo una manera especial, propia, de argumentar en las disputas de clase: desdeñaba el estilo y las frases, a pesar de que los hacía fácilmente: y ordenaba las ideas, las objeciones, en un encadenamiento apretado, continuo. Era difícil, al oírlo, sustraerse a la idea de que edificaba con aquellos argumentos, colocándolos unos arriba de otros, trabados, ajustados, invulnerables. Y cuando había terminado, se sentía una especie de desaliento, de cobardía ante aquellas construcciones de cuatro columnas, levantadas con la arquitectura regular y fuerte de los genios musculares.

Cuando hubo acabado su carrera, sus amigos se admiraron de no verlo abrir su estudio; tenía fama sentada e indiscutible, y a pesar de su juventud, hubiera podido empezar a ejercer su profesión con éxito y fortuna. Pero él se había entregado a la ciencia con más ardor que antes; pasaba días enteros, encerrado en su casa o en las bibliotecas, leyendo o escribiendo. Había anunciado una obra filosófica, que se esperaba con ansia, porque se sabía que el joven abogado poseía ya una erudición excepcional, y se recordaban sus antiguas conferencias, sus discusiones de estudiante, en que exponía ya teorías propias, nuevas y originales. Sería indudablemente una obra notable, a pesar de que el autor no había querido revelar a nadie su asunto ni las opiniones que en ella iba a defender.

Por fin, después de tres años, la obra apareció. La sorpresa fue general, inmensa. Todos sus amigos habían pasado doce años engañados, ¿o era que se quería burlar de la gente? ¿No era necesario haberse vuelto loco, para presentar así, en su primer libro, todas aquellas ideas atrasadas y estúpidas, que él no había tenido jamás?

La obra era una apología del Catolicismo, fría, pesada, sin novedad ni originalidad, llena de vulgaridades mil veces repetidas y argumentos plagiados a todo el pasado; una mezcla informe de lugares comunes atávicos; tradición, monarquía, aristocracia, trinidad, gracia divina; y en medio de toda aquella confusión, el estilo, el soberbio estilo de Carlos Herrera, fuerte y sólido como una construcción cuadrada e invulnerable, daba casi una nota cómica resistiendo todas aquellas teorías abandonadas, todos aquellos argumentos vulgarísimos. ¡Decididamente se había vuelto idiota!

\*  
\* \*

Después de la publicación de su obra, Carlos Herrera continuó defendiendo por todas partes aquellas ideas, en artículos, en discursos, en conferencias. Había sido llamado para formar parte de la redacción de un diario católico, desde el cual sostuvo polémicas y discusiones, discusiones largas y pesadas en que era siempre vencido. Las empezaba con estilo seguro y provocativo, defendiendo, en nombre del Catolicismo, ideas absolutas e intransigentes, que muchos católicos no confesaban y que la mayor

parte no tenían ya. Y ¡cosa extraña! aquel polemista temible y habilísimo de las antiguas discusiones de clase, no parecía ahora convencerse jamás de que era vencido; seguía escribiendo siempre, repitiéndose, exponiendo por tercera y cuarta vez los argumentos refutados, confundido, derrotado, pero hablando todavía con la misma seguridad victoriosa y provocativa. ¡Era una caída completa! Sus antiguos amigos evitaban el hablar con él, y los mismos católicos, que habían saludado al principio su obra con artículos llenos de elogios y alabanzas, hablando de conversión y de gracia divina, porque se sabía que Carlos Herrera había sido en su juventud positivista, sentían ahora cierta desconfianza cada vez que él iniciaba una polémica, seguros casi de que iba a ser vencido, por la imprudencia con que las provocaba, por su falta de habilidad y de tacto y por la franqueza peligrosa con que defendía sus opiniones intransigentes y absolutas.

\*

\* \*

Ernesto Díaz experimentó cierta sorpresa, cuando recibió un día, invitándolo a ir a verlo a su casa, una tarjeta de Carlos Herrera; había sostenido hacía algún tiempo, con su antiguo condiscípulo, una discusión pública sobre la Evolución, y había tratado desde entonces de no encontrarlo, creyéndolo avergonzado por su derrota. Encontró sobre todo extraño que su antiguo amigo lo invitara en su tarjeta para "hablar de filosofía"; pero se decidió a ir, a pesar de que temía un discurso fastidioso

y aburrido. Tal vez oyéndolo hablar, interrogándolo, podría darse cuenta de la transformación que había sufrido aquella inteligencia antes tan clara y poderosa.

Carlos lo recibió en su escritorio, y empezó a hablar en seguida:

—Te he mandado llamar, a pesar de que hace tanto tiempo que estamos separados, porque te considero el más a propósito para algo que me propongo. Hemos sido muy amigos y tengo que pedirte un favor. Yo soy positivista. . .

Y como el otro lo interrumpiera sorprendido:

—Déjame seguir. Yo soy positivista y tengo mucho talento, mucho, casi genio. Puede ser que hubiera tenido genio si hubiera podido educarme en otro medio intelectual, con facilidad para surgir y gran cantidad de elementos de asimilación. Pero tú sabes que aquí es imposible: no recibimos sino las obras discutidas y consagradas, que nos llegan por consiguiente atrasadas veinte o treinta años; carecemos completamente de medios de experimentación; en fin: yo no he podido crear.

El objeto moral más hermoso del hombre de talento en esta tierra, es combatir la superstición religiosa, que tanto mal nos ha hecho y nos puede hacer todavía. Pero ¿si yo hiciera una exposición brillante del positivismo moderno; aún si yo creara hipótesis y teorías produciría aquí algún efecto? ¿Acaso escribir obras que se hallen sólo al alcance de inteligencias superiores, es el mejor modo de combatir creencias que se propagan precisamente en los ignorantes y en espíritus poco cultivados? Si yo hubiera hecho eso hubiera obedecido a la ambición de tener un nombre, de conseguir fama; pero no al deseo de hacer bien.

Y más bien, mucho más bien puedo hacer fingiéndome católico. Yo defendiendo en nombre del Catolicismo, todas las doctrinas estúpidas u odiosas que sus mismos adeptos no se atreven ya a sostener abiertamente; provoqué polémicas para perderlas siempre, y escribo con un tono autoritario e intransigente para hacer antipáticas las ideas que defiendo. Escribo libros huecos y pretensivos, artículos vacíos y conferencias bien vulgares y bien idiotas, para que los hombres de alguna inteligencia vean que no tenemos argumentos mejores, y para que el pueblo se acostumbre a hablar de lo absolutos y odiosos que son estos católicos. Te confieso que a veces me cuesta mucho discutir con ustedes, porque no me puedo hacer vencer aunque quiera; les preparo el terreno, les arreglo todo para que me rajen, para que me aplasten, y ustedes no entienden, o salen con un argumento que no tiene que ver nada y tengo que volver a empezar. Tú, por ejemplo, estuviste el otro día idiota hasta la pared de enfrente en nuestra discusión sobre la Evolución. Debías haber pensado que la razón pura...

Y empezó a hablar: Ernesto oía, sorprendido, atónito. Eran las mismas doctrinas que él conocía, las mismas palabras que empleaba él todos los días; pero todo aquello le parecía algo nuevo, una gran teoría, distinta del positivismo que él había concebido hasta entonces, grandiosa, armónica, soberbia de fuerza y de solidez. Carlos tomaba cada palabra, cada teoría, progreso, selección natural, lucha por la existencia, las despojaba de su velo de asociaciones, y las iba colocando, siempre seguras, siempre de abajo para arriba, con la arquitectura cuadrada y

sólida de los genios musculares, en un edificio lógico e inquebrantable, firme en el suelo por las experiencias y las comprobaciones, y coronado arriba por las inducciones, las hipótesis, tanteando hacia arriba... Primero, aparecía una humanidad ignorante y débil, perdida en los desiertos primitivos; después, aquella humanidad bárbara empezaba a asimilar, a conocer, a generalizar, y este proceso de asimilación, de humanización, iba siempre adelante; el río seguía corriendo, arrastrando en confusión sentimientos e ideas, corriendo siempre hacia su término desconocido mientras iba abandonando a los costados los cadáveres de los vencidos en la lucha. Nunca había visto Ernesto con más claridad todo aquello, nunca se había apercebido de todo el alcance de aquellas teorías, que él había defendido, sin embargo, sin darse cuenta de toda su importancia y su extensión!

—Pero entonces, tú eres un gran talento; tú podrías ser el primero, el único filósofo de América...

El otro escuchaba con una ligera sonrisa.

—Tú podrías ser aplaudido, conocido, admirado! Podrías tener una gran fama, toda una gloria!

—Es cierto. Pero así hago más bien.

Y mientras su amigo quedaba callado, meditando, Carlos Herrera se dirigió a la biblioteca y sacó de allí unos manuscritos. Siguió hablando, después de haberlos colocado sobre la mesa.

—Te he mandado llamar, como te decía, para pedirte un favor: ya te he dicho que no soy un genio, que no he creado nada grande, una hipótesis, un método, una

teoría; fingiéndome católico hago mucho más bien, al presentar con aspecto antipático esas ideas, que si me dedicara a exponer las mías verdaderas, que sólo podrían hacer camino entre las personas ilustradas. Pero sin embargo tengo algunas ideas; ciertas interpretaciones que nadie ha encontrado todavía; observaciones que pueden ser útiles, objeciones y argumentos contra teorías que hoy se tienen por ciertas... he reunido todo eso en estos manuscritos, que podrán formar un volumen. Ya están ordenados y dispuestos como para darse a la imprenta. Aunque, como es natural, dentro de algunos años, otros pensadores habrán encontrado ya todo esto, sin embargo, siempre habrá habido tiempo perdido, y quiero entregar esas ideas a la Evolución.

Así es que este libro tú lo publicarás. Te dará alguna gloria y algún nombre; pero tendrás que resignarte. Tú eres conocido como positivista y hasta como inteligente, y la publicación de la obra no llamará la atención de nadie. Es un pequeño sacrificio coronarse con gloria ajena; pero ¡piensa en el mío! Piensa, sobre todo, en que los dos trabajamos por el bien de la humanidad!

Mientras hablaba, el rostro de Carlos Herrera había tomado una expresión serena y grave. Ernesto trató de discutir, de excusarse; pero le fue imposible. Un momento después salió llevándose los papeles.

Antes de que se fuera, lo llamó Carlos Herrera: se había vuelto a sentar, con una sonrisa un poco amarga y un poco burlona.

Oye, Ernesto, le gritó. Ya ves las cosas que suceden.

Saluda con cierto respeto a todos los imbéciles que encuentres por la calle...

\*

\* \*

La obra filosófica de Ernesto Díaz apareció dos meses después y tuvo un éxito inmenso. No se vendió al principio en Montevideo; pero se había tenido cuidado de mandar a Europa una gran cantidad de ejemplares, y allí fue admirada y discutida; hablaron de ellas las revistas y el autor del nuevo libro tuvo bien pronto un nombre entre los hombres de ciencia y obtuvo en su patria fama y honores.

Entre tanto Carlos Herrera, que seguía al frente de su diario católico, siguió sosteniendo siempre las mismas doctrinas. Provocaba todas las discusiones, sostenía todas las ideas absurdas y odiosas, y era vencido siempre, a pesar de su orgullo y su tono absoluto y convencido. Ya nadie se preocupaba de él entre los adversarios; hasta acabaron por separarse de él muchos católicos, no habiendo podido conseguir que modificara sus ideas demasiado absolutas y abandonara aquel estilo orgulloso que tanto mal les hacía por su falta de prudencia y habilidad.

Veinte años después, cuando murió, se le dedicaron pocos elogios. La prensa católica mostró ciertas reservas al alabar aquel incómodo y peligroso correligionario. La prensa liberal le dedicó cuatro líneas; pero sin embargo, entre todos aquellos sueltos fríos y vulgares, apareció un artículo sentido y entusiasta, en que se admiraba al muer-

to, ensalzando sus condiciones y su talento. Su autor había sostenido una disputa con el director del diario, admirado de ver juzgar así a un hombre que, además de haber profesado ideas contrarias, era un perfecto estúpido; pero el artículo había acabado por salir: era del único que conocía el inmenso sacrificio, y en él Ernesto Díaz sólo hacía elogios inmensos, alabanzas sin medida, a pesar de que algunas veces había sentido ciertas dudas y había pasado horas enteras pensativo, meditando sobre aquel extraño problema moral.

(Docteur Pascal). Ph.